

Oh, Medellín, placer y padecer

Opinión por Laura Restrepo

Si quieres saber cuál es la ciudad limítrofe de la tierra, aquella después de la cual no se puede dar un paso sin caer en la negrura del universo vacío, yo te lo digo. Lo sé porque vengo de allá.

Bueno, de allá exactamente no, del pueblo de al lado. La ciudad que queda en el último límite del planeta se llama Medellín. En ella nació y creció el abuelo mío, y me dejó por herencia el mismo apellido que llevan todos sus habitantes, sin excepción: algunos —como nosotros— lo usamos de primero, inmediatamente después del nombre; otros de segundo, o de quinto o de noveno, pero siempre lo llevan. Esto del apellido no lo traigo a cuento como argumento de autoridad, ni menos de pertenencia, porque sé bien que quien se aleja de Medellín, así sea por quince días, es dado por desertor y considerado extranjero. No hablemos ya de quien lleva dos generaciones ausente, y que, si se mete a opinar, lo hace por cuenta propia, sin esperar reconocimiento ni audiencia.

Medellín es un lugar de extremos, no sólo en el sentido geográfico, sino sobre todo en cuanto toca el alma: desafecta a términos medios, en ella los buenos se santifican y los malos acaban de criminales. O puede darse también al revés, pero lo que no se practica es el pecado venial. Ciudad fronteriza por excelencia, marca además el límite entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Quiero decir que vibra en el rutilante espacio de intersección. Sólo en Medellín le es dado a los humanos jugarse la suerte al cara o sello y que el azar los premie —o los castigue— con las dos opciones simultáneamente. Se te ofrecen ambas caras de la moneda, de un solo golpe y sin exclusión, y allá tu cerebro, que se las arregle como pueda con la alucinación de esa experiencia.

Vivir se vuelve un verbo de una intensidad irresistible, en el placer y en el padecer, porque abarca sin ascos ni aspavientos, a su gran antagonista histórico, que es, ya se sabe, morir. Quiere decir, por ejemplo, que en Medellín encuentras las noches escandalosamente estrelladas; que se te abren, acogedoras, las puertas que golpeas; que aunque vayas de paso te enamoras sin remedio de alguno de sus habitantes. O que mientras

duermes tu enemigo incendia la casa de tu amigo. Que en un bar un desconocido te cuenta una historia atroz, que siempre resulta cierta.

Por eso, quien quiera vivir el hechizo y el vértigo de atravesar el abismo por la cuerda floja, sólo tiene que bailar un merengue, o si es capaz un tango, a las tres de la mañana en una taberna barriobajera de Medellín. No le hace falta más: esa persona ya no volverá a ser la misma.

Costumbre extraña de esta ciudad es la misa prolongada, ininterrumpida, con sacrificio cruento, que hora tras hora anda celebrando. Pero se escapó el cordero pascual, huyó por un callejón, se escondió entre un hueco, por más que lo buscan no lo encuentran ya, y entonces la carne de la ofrenda es humana. Cada esquina un altar, cada muchacho un Mesías. Algo sale sumamente mal en este rito bárbaro: el humo tira para abajo, no le llega a ningún dios.

Te contaba que la ciudad queda en el cruce del camino de la vida y el camino de la muerte, y es justamente en ese punto crítico donde, según opina Rilke, late la sangre del máximo giro y establecen su residencia los ángeles. Conozco personalmente a varios de los ángeles de allá. Sé su dirección y su número de teléfono, he comido en su mesa maná con arepa y he dormido al amparo de su techo; con mis propios oídos he escuchado el rumor silencioso de sus alas invisibles. Si no te digo nombres, es sólo por respetarles el anonimato. Donde viven ángeles también pululan demonios, y Medellín no es la excepción. A algunos de estos visité en sus cuevas, y no vale la pena contarte lo que vi.

Volviendo a los ángeles, en Medellín hay uno que a diario ejecuta una orden ingrata: expulsar a sus habitantes del paraíso. Váyanse de aquí les gritaba blandiendo su espada de fuego y exhibiendo fidedignas estadísticas de crimen y mortandad. Búsquense otro lugar, que el paraíso ya se cerró, y ahora esto es un infierno. La orden es ingrata no por extraña, pues ya se sabe que también impartió otro ángel de mayor jerarquía y en ocasión más memorable, sino porque en este caso es sistemáticamente desobedecida: pese a las advertencias preventivas y bien intencionadas del mensajero celestial, los habitantes de Medellín no abandonan su ciudad. Es un ángel marrullero –piensan, sin ponerle dramatismo al tema– y en relojes de pulsera hace tic tac el palpito del paraíso que creen haber perdido, que sueñan con recuperar, que fantasean con haber recuperado ya.

Qué hicieron los medellinenses o medellinitas, para merecer el castigo

y la expulsión, es algo difícil de entender, máxime tratándose de gente tradicionalmente reconocida por sus virtudes y esfuerzos y no por sus pecados. A no ser, quizá –y escudriñando sin permiso en la conciencia ajena, que al fin de cuentas es la misma propia– el haber incurrido en una cierta fascinación por los destellos del dólar. O en el acomodo con la desigualdad. O en ese orgullo, a ratos tan ciego y altanero, de ser quienes son. Pero no, nada explica la magnitud de la tragedia (que es, por lo demás, exactamente la misma de nosotros, los del pueblo de al lado) porque no hay culpa tan grande que deba ser lavada con sangre, ni hay río de sangre tan hondo que sirva para enmendar un destino.

Las gentes de Medellín se disgustan cuando un forastero habla de lo malo que acontece en su ciudad, y no menciona en cambio cosas entrañables como la natilla navideña, el tesón de los abuelos, las buganvilias coloridas. Tienen toda la razón. Las buganvilias, el tesón y la natilla son los tres ángulos del paraíso, y bien merecen que les dedique este párrafo final.

LAURA RESTREPO. Escritora, entre sus novelas *La novia oscura*,
Delirio.

Noviembre 1993

Aquí lo que más hay es partidos. Cada partido está partido